A mediados de 1861, el presidente mexicano Benito Juárez suspendió los pagos de la deuda externa de su país. Inquietos, los acreedores europeos, aliados a los conservadores locales, enviaron a Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Conde de Habsburgo Príncipe de Hungría y de Bohemia, quien llegó a México con su mujer —María Carlota de Bélgica— ungido Emperador de esas tierras lejanas. El Imperio duró poco: un mes de junio, a dos años de su llegada, el Emperador fue fusilado en la ciudad de Querétaro. La orden de Juárez que puso fin a ese sueño imperial no incluyó a la Emperatriz, quien volvió a Europa y sobrevivió a su marido 60 años. Falleció en 1927, en el castillo de Bouchout, próximo a Bruselas, loca tal vez. Esta larguísima agonía sirvió de materia a Fernando del Paso —México, 1932, autor de *José Trigo* y *Palinuro de México*— para construir *Noticias del Imperio* (1987), la monumental novela de la que este suplemento, ilustrado con reproducciones de máscaras populares mexicanas, adelanta un fragmento del primer capítulo. En este texto —diez años de elaboración— el escritor intentó, según dijo, encontrarle explicación a una historia "hecha de muertes y traiciones". La novela —que será publicada en la Argentina por Emecé Editores el mes próximo— logra también, aunque el autor no lo dijo, dar una visión absolutamente mexicana de una historia narrada por una emperatriz extranjera.



México y su Emperatriz
en una novela de Fernando del Paso

LA LOCA DE MIRAMAR



CASTILL
DE BOUCH
1927

"La imaginación, la loca de la casa", frase atribuida a Malebranche.

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y de América. Yo soy María Carlota Amelia, prima de la Reina de Inglaterra, Gran Maestre de la Cruz de San Carlos y Virreina de las provincias del Lombardovéneto acogidas por la piedad y la clemencia austríacas bajo las alas del águila bicéfala de Casa de Habsburgo. Yo soy María Carlota Amelia Victoria, hija de Leopoldo Príncipe de Sajonia-Coburgo y Rey de Bélgica, a quien llamaban el Néstor de los Gobernantes y que me sentaba en sus piernas, acariciaba mis cabellos castaños y me decía que yo era la pequeña sílfide del Palacio de Laeken. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina, hija de Luisa María de Orléans, la reina santa de los ojos azules y la nariz borbona que murió de consunción y de tristeza por el exilio y la muerte de Luis Felipe, mi abuelo, que cuando todavía era Rey de Francia me llenaba el regazo de castañas y la cara de besos en los Jardines de las Tullerías. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, sobrina del Príncipe Joinville y prima del Conde de París, hermana del Duque de Brabante que fue Rey de Bélgica y conquistador del Congo y hermana del Conde de Flandes, en cuyos brazos aprendí a bailar, cuando tenía diez años, a la sombra de los espinos en flor. Yo soy Carlota Amelia, mujer de Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena, Emperador de México y Rey del Mundo, que nació en el Palacio Imperial de Schönbrunn y fue el primer descendiente de los Reyes Católicos Fernando e Isabel que cruzó el mar océano y pisó las tierras de América, y que mandó construir para mí a la orilla del Adriático un palacio blanco que miraba al mar y otro día me llevó a México a vivir a un castillo gris que miraba al valle y a los volcanes cubiertos de nieve, y que una mañana de junio de hace muchos años murió fusilado en la ciudad de Querétaro. Yo soy Carlota Amelia, Regente de Anáhuac, Reina de Nicaragua, Baronesa del Mato Grosso, Princesa de Chichén Itzá. Yo soy Carlota Amelia de Bélgica, Emperatriz de México y de América: tengo ochenta y seis años de edad y sesenta de beber, loca de sed, en las fuentes de Roma.



Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino, cargado de recuerdos y de sueños, en una carabela cuyas velas hinchó una sola bocanada de viento luminoso preñado de papagayos. Me trajo un puñado de arena de la Isla de Sacrificios, unos guantes de piel de venado y un enorme barril de maderas preciosas rebosantes de chocolate ardiente y espumoso, donde me voy a bañar todos los días de mi vida hasta que mi piel de princesa borbona, hasta que mi piel de loca octogenaria, hasta que mi piel blanca de encaje de Alenzón y de Bruselas, mi piel nevada como las magnolias de los Jardines de Miramar, hasta que mi piel, Maximiliano, mi piel quebrada por los siglos y las tempestades y los desmoronamientos de las dinastías, mi piel blanca de ángel de Memling y de novia del Béguinage se caiga a pedazos y una nueva piel oscura y perfumada, oscura como el cacao de Soconusco y perfumada como la vainilla de Papantla me cubra entera, Maximiliano, desde mi frente oscura hasta la punta de mis pies descalzos y perfumados de india mexicana, de virgen morena, de Emperatriz de América.

El mensajero me trajo también, querido Max, un relicario con algunas hebras de la barba rubia que llovía sobre tu pecho condecorado con el Aguila Azteca y que aleteaba como una inmensa mariposa de alas doradas, cuando a caballo y al galope y con tu traje de charro y tu sombrero incrustado con arabescos de plata esterlina recorrías los llanos de Apam entre nubes de gloria y de polvo. Me han dicho que esos bárbaros, Maximiliano, cuando tu cuerpo estaba caliente todavía, cuando apenas acababan de hacer tu máscara mortuoria con yeso de París, esos salvajes te arrancaron la barba y el pelo para vender los mechones por unas cuantas piastras. Quién iba a imaginar, Maximiliano, que te iba a suceder lo mismo que a tu padre, si es que de verdad lo fue el infeliz del Duque de Reichstadt a quien nada ni nadie pudo salvar de la muerte temprana, ni los baños muriáticos ni la leche de burra ni el amor de tu madre la Archiduquesa Sofía, y que apenas unos minutos después de haber muerto en el mismo Palacio de Schönbrunn donde acababas de nacer, le habían trasquilado todos sus bucles rubios para guardarlos en relicarios: pero de lo que sí se salvó él, y tú no, Maximiliano, fue de que le cortaran en pedazos el corazón para vender las piltrafas por unos cuantos reales. Me lo dijo el mensajero. Al mensajero se lo contó Tüdös el fiel cocinero húngaro que te acompañó hasta el patíbulo y sofocó el fuego que prendió en tu chaleco el tiro de gracia, y me entregó, el mensajero, y de parte del Príncipe y la Princesa Salm un estuche de cedro donde había, Maximiliano, un pedazo de tu corazón y la bala que acabó con tu vida y con tu Imperio en el Cerro de las Campanas. Tengo aquí esta caja agarrada del Príncipe y la Princesa Salm Salm un estuche de cedro donde había una caja de zinc donde había una caja de palo de rosa donde había, Maximiliano, un pedazo de tu corazón y la bala que acabó con tu vida y con tu Imperio en el Cerro de las Campanas. Tengo aquí esta caja agarrada con las dos manos todo el día para que nadie, nunca, me la arrebate. Mis damas de compañía me dan de comer en la boca, porque yo no la suelto. La Condesa d'Hulst me da de beber leche en los labios, como si fuera yo todavía el pequeño ángel de mi padre Leopoldo, la pequeña bonapartista de los cabellos castaños, porque yo no te olvido.

Y es por eso, nada más que por eso, te lo juro, Maximiliano, que dicen que estoy loca. Es por eso que me llaman la loca de Miramar, de Terveuren, de Bouchout. Pero si te lo dicen, si te dicen que loca salí de México y que loca atravesé el mar encerrada en un camarote del barco Impératrice Eugénie después que le ordené al capitán que arriara la bandera francesa para izar el pabellón imperial mexicano, si te cuentan que en todo el viaje nunca salí de mi camarote porque estaba ya loca y lo estaba no porque me hubieran dado de beber toloache en Yucatán o porque supiera que Napoleón y el Papa nos iban a negar su ayuda y a abandonarnos a nuestra suerte, a nuestra maldita suerte en México, sino que lo estaba, loca y desesperada, perdida porque en mi vientre crecía un hijo que no era tuyo sino del Coronel Van Der Smissen, si te cuentan eso, Maximiliano, diles que no es verdad, que tú siempre fuiste y serás el amor de mi vida, y que si estoy loca es de hambre y de sed, y que siempre lo he estado desde ese día en el Palacio de Saint Cloud en que el mismísimo diablo Napoleón Tercero y su mujer Eugenia de Montijo me ofrecieron un vaso de naranjada fría y yo supe y lo sabía todo el mundo que estaba envenenada porque no les bastaba habernos traicionado, querían borrarnos de la faz de la Tierra, envenenarnos y no sólo Napoleón el Pequeño y la Montijo, sino hasta nuestros amigos más cercanos, nuestros servidores, no lo vas a creer, Max, el propio Blasio: cuídate del lápiz tinta con el que escribe las cartas que le dictas camino a Cuernavaca y de su saliva y del agua sulfurosa de los manantiales de Cuautla cuídate, Max y del pulque con champaña, como tuve yo que cuidarme de todos, hasta de la señora Neri del Barrio con la que iba yo todas las mañanas en un fiacre negro a la Fuente de Trevi porque decidí, y así lo hice, beber sólo de las aguas de las fuentes de Roma en el vaso de Murano que me regaló Su Santidad Pío Nono cuando fui a verlo de sorpresa sin perdirle audiencia y lo encontré desayunando y él se dio cuenta que estaba yo muerta de hambre y de sed, ¿quiere unas uvas la Emperatriz de México? ¿Se le antojaría un cuerno con mantequilla? ¿Leche quizás, Doña Carlota, leche de cabra recién ordeñada? Pero yo lo único que quería era mojar los dedos en ese líquido ardiente y espumoso que me habría de quemar y tostar la piel y me avalancé sobre el tazón, metí los dedos en el chocolate del Papa, me los chupé, Max, y no sé qué hubiera hecho yo después de no haber ido al mercado a comprar nueces y naranjas para llevarlas al Albergo di Roma: yo misma las escogí, las limpié con la mantilla de encaje negro que me regaló Eugenia, examiné las cáscaras, las pelé, las devoré y también unas castañas asadas que compré en la Via Appia y no puedo imaginar cómo me las hubiera arreglado sin la Señora Kuchacsévich y sin el gato, que probaban toda mi comida antes que yo, y sin mi camarera Matilde Doblinger que se procuró un hornillo de carbón y me hizo el favor de llevar unas gallinas a la suite imperial para que yo pudiera comer sólo aquellos huevos que viera poner con mis propios ojos.

Entonces, Maximiliano, cuando yo era el pequeño ángel, la sílfide de Laeken y jugaba a deslizarme por el barandal de las escaleras de madera del palacio, y jugaba a estarme quieta para la eternidad en los jardines, mientras mi hermano el Conde de Flandes se paraba de cabeza y me hacía muecas para hacerme reír y mi hermano el Duque de Brabante inventaba ciudades imaginarias y me contaba la historia de los naufragios célebres, entonces, cuando mi padre me había invitado ya a cenar por primera vez con él y me coronó con rosas y me llenó de regalos, yo iba cada año a Inglaterra a visitar a mi abuela María Amelia que vivía en Claremont, ¿te acuerdas de ella, Max, que nos dijo que no fuéramos a México porque allí nos iban a asesinar?, y una de esas veces en el Castillo de Windsor conocí a mi prima Victoria y mi primo el Príncipe Alberto. Entonces, mi querido Max, cuando yo era la niña de los cabellos castaños y mi cama era un nido blanco alfombrado con nieve tibia donde mi madre Luisa María humedecía sus labios, mi prima Victoria que tanto se asombró de que yo me supiera de memoria los nombres de todos los reyes de Inglaterra desde Haroldo hasta su tío Guillermo Cuarto, en premio a mi aplicación me regaló una casa de muñecas y cuando la casa llegó a Bruselas mi papá Leopich como yo le decía me llamó, me la mostró, me volvió a sentar en sus piernas, pasó su mano por mi frente y al igual que le había dicho a su sobrina Victoria la Reina de Inglaterra, me dijo que cada noche de cada día mi conciencia, así como mi casa de muñecas, debía estar inmaculada. Desde entonces Maximiliano, no hay noche en que no me dedique a ordenar mi casa y mi conciencia. Sacudo las libreas de terciopelo de mis lacayos en miniatura y te perdono que hayas llorado, en la Isla de Madeira, la muerte de una novia a la que quisiste más que a mí. Lavo en una palangana los mil platos minúsculos de mi vajilla de Sevres, y te perdono que en Puebla me hayas abandonado en mi cama imperial, bajo el dosel de tules y brocados, para irte a dormir a un catre de campaña y masturbarte pensando en la condesita Von Linden. Y les saco brillo a las fuentes de plata miniatura, limpio las alabardas de mis alabarderos liliputienses, lavo las pequeñísimas uvas de los pequeñísimos racimos de cristal y te perdono que hayas hecho el amor con la mujer de un jardinero a la sombra de las buganvillas de los Jardines Borda. Después barro con una escoba del tamaño de un pulgar las alfombras del castillo del tamaño de un pañuelo, y sacudo los cuadros y vacío las escupideras de oro del tamaño de un dedal y los ceniceros minúsculos, y así como te perdono todo lo que me hiciste, perdono a todos nuestros enemigos y perdono a México.

Cómo no voy a perdonar a México, Maximiliano, si todos los días sacudo tu coro-



CASTILLO DE BOUCHOUT, 1927

"La imaginación, la loca de la casa", frase atribuida a Malebranche.

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y de América. Yo soy María Carlota Amelia, prima de la Reina de Inglaterra, Gran Maestre de la Cruz de San Carlos y Virreina de las provincias del Lombardovéneto acogidas por la piedad y la clemencia austriacas bajo las alas del águila bicéfala de Casa de Habsburgo. Yo soy María Carlota Amelia Victoria, hija de Leopoldo Príncipe de Sajonia-Coburgo y Rey de Bélgica, a quien llamaban el Néstor de los Gobernantes y que me sentaba en sus piernas, acariciaba mis cabellos castaños y me decía que yo era la pequeña sílfide del Palacio de Laeken. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina, hija de Luisa María de Orléans, la reina santa de los ojos azules y la nariz borbona que murió de consunción y de tristeza por el exilio y la muerte de Luis Felipe, mi abuelo, que cuando todavía era Rey de Francia me llenaba el regazo de castañas y la cara de besos en los Jardines de las Tullerías. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, sobrina del Príncipe Joinville y prima del Conde de París, hermana del Duque de Brabante que fue Rey de Bélgica y conquistador del Congo y hermana del Conde de Flandes, en cuyos brazos aprendí a bailar, cuando tenía diez años, a la sombra de los espinos en flor. Yo soy Carlota Amelia, mujer de Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena, Emperador de México y Rey del Mundo, que nació en el Palacio Imperial de Schönbrunn y fue el primer descendiente de los Reyes Católicos Fernando e Isabel que cruzó el mar océano y pisó las tierras de América, y que mandó construir para mí a la orilla del Adriático un palacio blanco que miraba al mar y otro día me llevó a México a vivir a un castillo gris que miraba al valle y a los volcanes cubiertos de nieve, y que una mañana de junio de hace muchos años murió fusilado en la ciudad de Qurétaro. Yo soy Carlota Amelia, Regente de Anáhuac, Reina de Nicaragua, Baronesa del Mato Grosso, Princesa de Chichén Itzá. Yo soy Carlota Amelia de Bélgica, Emperatriz de México y de América: tengo ochenta y seis años de edad y sesenta de beber, loca de sed, en las fuentes de Roma.

Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino, cargado de recuerdos y de sueños, en una carabela cuyas velas hinchó una sola bocanada de viento luminoso preñado de papagayos. Me trajo un puñado de arena de la Isla de Sacrificios, unos guantes de piel de venado y un enorme barril de maderas preciosas rebosantes de chocolate ardiente y espumoso, donde me voy a bañar todos los días de mi vida hasta que mi piel de princesa borbona, hasta que mi piel de loca octogenaria, hasta que mi piel blanca de encaje de Alenzón y de Bruselas, mi piel nevada como las magnolias de los Jardines de Miramar, hasta que mi piel, Maximiliano, mi piel quebrada por los siglos y las tempestades y los desmoronamientos de las dinastías, mi piel blanca de ángel de Memling y de novia del Béguinage se caiga a pedazos y una nueva piel oscura y perfumada, oscura como el cacao de Soconusco y perfumada como la vainilla de Papantla me cubra entera, Maximiliano, desde mi frente oscura hasta la punta de mis pies descalzos y perfumados de india mexicana, de virgen morena, de Emperatriz de América.

El mensajero me trajo también, querido Max, un relicario con algunas hebras de la barba rubia que llovía sobre tu pecho condecorado con el Aguila Azteca y que aleteaba como una inmensa mariposa de alas doradas, cuando a caballo y al galope y con tu traje de charro y tu sombrero incrustado con arabescos de plata esterlina recorrías los llanos de Apam entre nubes de gloria y de polvo. Me han dicho que esos bárbaros, Maximiliano, cuando tu cuerpo estaba caliente todavía, cuando apenas acababan de hacer tu máscara mortuoria con yeso de París, esos salvajes te arrancaron la barba y el pelo para vender los mechones por unas cuantas piastras. Quién iba a imaginar, Maximiliano, que te iba a suceder lo mismo que a tu padre, si es que de verdad lo fue el infeliz del Duque de Reichstadt a quien nada ni nadie pudo salvar de la muerte temprana, ni los baños muriáticos ni la leche de burra ni el amor de tu madre la Archiduquesa Sofía, y que apenas unos minutos después de haber muerto en el mismo Palacio de Schönbrunn donde acababas de nacer, le habían trasquilado todos sus bucles rubios para guardarlos en relicarios: pero de lo que sí se salvó él, y tú no, Maximiliano, fue de que le cortaran en pedazos el corazón para vender las piltrafas por unos cuantos reales. Me lo dijo el mensajero. Al mensajero se lo contó Tüdös el fiel cocinero húngaro que te acompañó hasta el patíbulo y sofocó el fuego que prendió en tu chaleco el tiro de gracia, y me entregó, el mensajero, y de parte del Príncipe y la Princesa Salm un estuche de cedro donde había, Maximiliano, un pedazo de tu corazón y la bala que acabó con tu vida y con tu Imperio en el Cerro de las Campanas. Tengo aquí esta caja agarrada del Príncipe y la Princesa Salm Salm un estuche de cedro donde había una caja de zinc donde había una caja de palo de rosa donde había, Maximiliano, un pedazo de tu corazón y la bala que acabó con tu vida y con tu Imperio en el Cerro de las Campanas. Tengo aquí esta caja agarrada con las dos manos todo el día para que nadie, nunca, me la arrebate. Mis damas de compañía me dan de comer en la boca, porque yo no la suelto. La Condesa d'Hulst me da de beber leche en los labios, como si fuera yo todavía el pequeño ángel de mi padre Leopoldo, la pequeña bonapartista de los cabellos castaños, porque yo no te olvido.

Y es por eso, nada más que por eso, te lo juro, Maximiliano, que dicen que estoy loca. Es por eso que me llaman la loca de Miramar, de Terveuren, de Bouchout. Pero si te lo dicen, si te dicen que loca salí de México y que loca atravesé el mar encerrada en un camarote del barco Impératrice Eugénie después que le ordené al capitán que arriara la bandera francesa para izar el pabellón imperial mexicano, si te cuentan que en todo el viaje nunca salí de mi camarote porque estaba ya loca y lo estaba no porque me hubieran dado de beber toloache en Yucatán o porque supiera que Napoleón y el Papa nos iban a negar su ayuda y a abandonarnos a nuestra suerte, a nuestra maldita suerte en México, sino que lo estaba, loca y desesperada, perdida porque en mi vientre crecía un hijo que no era tuyo sino del Coronel Van Der Smissen, si te cuentan eso, Maximiliano, diles que no es verdad, que tú siempre fuiste y serás el amor de mi vida, y que si estoy loca es de hambre y de sed, y que siempre lo he estado desde ese día en el Palacio de Saint Cloud en que el mismísimo diablo Napoleón Tercero y su mujer Eugenia de Montijo me ofrecieron un vaso de naranjada fría y yo supe y lo sabía todo el mundo que estaba envenenada porque no les bastaba habernos traicionado, querían borrarnos de la faz de la Tierra, envenenarnos y no sólo Napoleón el Pequeño y la Montijo, sino hasta nuestros amigos más cercanos, nuestros servidores, no lo vas a creer, Max, el propio Blasio: cuídate del lápiz tinta con el que escribe las cartas que le dictas camino a Cuernavaca y de su saliva y del agua sulfurosa de los manantiales de Cuautla cuídate, Max y del pulque con champaña, como tuve yo que cuidarme de todos, hasta de la señora Neri del Barrió con la que iba yo todas las mañanas en un fiacre negro a la Fuente de Trevi porque decidí, y así lo hice, beber sólo de las aguas de las fuentes de Roma en el vaso de Murano que me regaló Su Santidad Pío Nono cuando fui a verlo de sorpresa sin perdirle audiencia y lo encontré desayunando y él se dio cuenta que estaba yo muerta de hambre y de sed, ¿quiere unas uvas la Emperatriz de México? ¿Se le antojaría un cuerno con mantequilla? ¿Leche quizás, Doña Carlota, leche de cabra recién ordeñada? Pero yo lo único que quería era mojar los dedos en ese líquido ardiente y espumoso que me habría de quemar y tostar la piel y me avalancé sobre el tazón, metí los dedos en el chocolate del Papa, me los chupé, Max, y no sé qué hubiera hecho yo después de no haber ido al mercado a comprar nueces y naranjas para llevarlas al Albergo di Roma: yo misma las escogí, las limpié con la mantilla de encaje negro que me regaló Eugenia, examiné las cáscaras, las pelé, las devoré y también unas castañas asadas que compré en la Via Appia y no puedo imaginar cómo me las hubiera arreglado sin la Señora Kuchacsévich y sin el gato, que probaban toda mi comida antes que yo, y sin mi camarera Matilde Doblinger que se procuró un hornillo de carbón y me hizo el favor de llevar unas gallinas a la suite imperial para que yo pudiera comer sólo aquellos huevos que viera poner con mis propios ojos.

Entonces, Maximiliano, cuando yo era el pequeño ángel, la sílfide de Laeken y jugaba a deslizarme por el barandal de las escaleras de madera del palacio, y jugaba a estarme quieta para la eternidad en los jardines, mientras mi hermano el Conde de Flandes se paraba de cabeza y me hacía muecas para hacerme reír y mi hermano el Duque de Brabante inventaba ciudades imaginarias y me contaba la historia de los naufragios célebres, entonces, cuando mi padre me había invitado ya a cenar por primera vez con él y me coronó con rosas y me llenó de regalos, yo iba cada año a Inglaterra a visitar a mi abuela María Amelia que vivía en Claremont, ¿te acuerdas de ella, Max, que nos dijo que no fuéramos a México porque allí nos iban a asesinar?, y una de esas veces en el Castillo de Windsor conocí a mi prima Victoria y mi primo el Príncipe Alberto. Entonces, mi querido Max, cuando yo era la niña de los cabellos castaños y mi cama era un nido blanco alfombrado con nieve tibia donde mi madre Luisa María humedecía sus labios, mi prima Victoria que tanto se asombró de que yo me supiera de memoria los nombres de todos los reyes de Inglaterra desde Haroldo hasta su tío Guillermo Cuarto, en premio a mi aplicación me regaló una casa de muñecas y cuando la casa llegó a Bruselas mi papá Leopich como yo le decía me llamó, me la mostró, me volvió a sentar en sus piernas, pasó su mano por mi frente y al igual que le había dicho a su sobrina Victoria la Reina de Inglaterra, me dijo que cada noche de cada día mi conciencia, así como mi casa de muñecas, debía estar inmaculada. Desde entonces Maximiliano, no hay noche en que no me dedique a ordenar mi casa y mi conciencia. Sacudo las libreas de terciopelo de mis lacayos en miniatura y te perdono que hayas llorado, en la Isla de Madeira, la muerte de una novia a la que quisiste más que a mí. Lavo en una palangana los mil platos minúsculos de mi vajilla de Sevres, y te perdono que en Puebla me hayas abandonado en mi cama imperial, bajo el dosel de tules y brocados, para irte a dormir a un catre de campaña y masturbarte pensando en la condesita Von Linden. Y les saco brillo a las fuentes de plata miniatura, limpio las alabardas de mis alabarderos liliputienses, lavo las pequeñísimas uvas de los pequeñísimos racimos de cristal y te perdono que hayas hecho el amor con la mujer de un jardinero a la sombra de las buganvillas de los Jardines Borda. Después barro con una escoba del tamaño de un pulgar las alfombras del castillo del tamaño de un pañuelo, y sacudo los cuadros y vacío las escupideras de oro del tamaño de un dedal y los ceniceros minúsculos, y así como te perdono todo lo que me hiciste, perdono a todos nuestros enemigos y perdono a México.

Cómo no voy a perdonar a México, Maximiliano, si todos los días sacudo tu corona, pulo con ceniza el collar de la Orden de Guadalupe, lavo con leche las teclas de mi piano Biedermeier para tocar en él todas las tardes el himno imperial mexicano y desciendo las escaleras del castillo y de hinojos a la orilla del foso lavo en sus aguas la bandera imperial mexicana, la enjuago y la exprimo y la cuelgo a secar en la punta de la torre más alta, y la plancho después, Maximiliano, la acaricio, la doblo, la guardo y le prometo que mañana, de nuevo, la sacaré a ondear para que la vea Europa entera, de Ostende a los Cárpatos, del Tirol a la Transilvania. Y sólo hasta entonces, con mi casa limpia y mi conciencia tranquila, me desvisto y me pongo mi camisón minúsculo y rezo mis pequeñísimas oraciones, y me acuesto en mi gran cama miniatura y bajo la almohada del tamaño de un alfiletero bordado con acantos en flor pongo tu corazón y lo escucho latir y escucho los cañonazos de la Ciudadela de Triestre y del Peñón de Gibraltar saludando a la Novara, y escucho el triquitraque del ferrocarril de Veracruz a Loma Alta y escucho las notas del Domine Salvum fac Imperatorem y escucho de nuevo la descarga de Querétaro y sueño entonces, quisiera soñar, Maximiliano, que nunca abandonamos Miramar y Lacroma, que nunca nos fuimos a México, que nos quedamos aquí, que aquí nos hicimos viejos y nos llenamos de hijos y nietos, que aquí en tu despacho azul adornado con áncoras y astrolabios te quedaste tú, escribiendo poemas sobre tus viajes futuros en el yate Ondina por el archipiélago griego y la costa de Turquía y soñando con el pájaro mecánico de Leonardo y me quedé yo, para siempre adorándote y bebiendo con mis ojos el azul del Adriático. Pero me desperté con mis propios gritos, y tenía yo tanta hambre, Max, no sabes, después de siglos de no comer sino angustias y sobresaltos, tenía yo tanta sed, Max, después de siglos de no beber sino mis propias lágrimas, que devoré tu corazón y bebí tu sangre. Pero tu corazón y tu sangre, mi querido, mi adorado Max, estaban envenenados.

Por suerte en el camino de París a Trieste y de Trieste a Roma había llovido tanto, Maximiliano, tanto o más que aquella noche en la que llegamos a Córdoba en una diligencia de la República porque a nuestra carroza imperial, ¿te acuerdas?, se le había roto una rueda en el Cerro del Chiquihuite, y estábamos salpicados de barro de los pies a la cabeza, pero dando gracias a Dios porque ya habíamos dejado atrás las infectas tierras calientes y con ellas Veracruz y los zopilotes y el vómito negro y que pronto, en uno o dos días más podríamos contemplar desde las faldas del Popocatépetl como lo hicieron Hernán Cortés y el Barón de Humboldt el inmenso valle transparente y la ciudad de los mil palacios construidos con la lava roja de los volcanes y la arenisca amarilla de los pantanos. A cántaros llovió en la Saboya y a cántaros al paso de mi tren y de mi comitiva en el Monte Cenis, y a lo largo de todo ese rodeo por Maribor, Mantua, Reggio y tantas otras ciudades donde el pueblo italiano y los Camisas Rojas de Garibaldi me recibieron con vítores y lágrimas y que tuvimos que hacer por la epidemia de cólera que había en Venecia, y llovió también cuando tu amigo el Almirante Teggetthoff, que fue el mismo que a bordo de la Novara y en una capilla ardiente bajo las alas abiertas de un ángel llevó tu cuerpo de Veracruz a Trieste, hizo desfilar ante mis ojos a la flota austriaca en el orden de combate de la Batalla de Lissa en la que se cubrió de gloria, y yo te envié un mensaje a México, Max, te dije que si Plus Ultra había sido el lema, el grito de conquista de tus abuelos, tendría que ser también el tuyo, y que así como Carlos Quinto había señalado el camino más allá de las Columnas de Hércules, tú también tendrías que seguir adelante, no abdicarás te dije, no abdicarás es el onceno mandamiento que Dios escribió con fuego en el corazón de todos aquellos monarcas a quienes otorgó el derecho divino, irrenunciable, de gobernar a los pueblos, no abdicarás te escribí, te lo dije mil veces cuando estabas en Orizaba y paseabas con Bilimek y él te explicaba cómo se hacía jabón con las semillas de ricino y jugabas a las escondidas con el Doctor Basch y con el General Castelnau entre los cafetos y las flores blancas de la yuca, te escribí, dime, Max: ¿te llegaron mis cartas?, cuando estabas en la Hacienda de Xonaca y cuando regresaste a la ciudad de México y cuando te fuiste a Querétaro no abdicarás, te mandé decir, ¿te lo dijeron?, así tengas que comer, como comiste, carne de gato y caballo con tus generales Mejía y Miramón y con tu Príncipe Salm Salm que les arrojaba mendrugos de pan a tus guardianes, y tú, que nunca tuviste remedio, mi querido Max, le dabas al Doctor Szänger las últimas instrucciones para embalsamar tu cuerpo, y a Blasio le dictabas los cambios que querías hacer en el Ceremonial de la Corte, porque nunca creíste que te iban a asesinar, Max, como te asesinaron.

Así que durante todos esos trayectos, de París a Trieste, de Trieste a Roma y de nuevo a Trieste hasta llegar a Miramar me bastaba sacar las manos por la ventanilla del tren o del coche para beber de la única agua que yo sabía que no estaba envenenada, del agua de lluvia como lo hago ahora en los balcones del castillo y allí, en la cuenca rebosante de agua cristalina y en cuyo borde se posa a veces una paloma blanca cuando de paloma blanca viene disfrazado el mensajero y me trae, desde la Isla de Cuba, las palabras de la canción de Concha Méndez, allí en el hueco de mis manos como en el fondo de una pátera veo tu rostro y me lo bebo a sorbos, tu rostro de muerto con los ojos cerrados y sobre los párpados el peso del polvo de todo el tiempo que ha pasado desde el año en que te fusilaron, que fue el año en que nació, cómo me hubiera gustado bailarlo contigo, Max, el vals del Danubio Azul, o veo tu rostro de muerto con los ojos abiertos, negros y de cristal, los ojos que te pusieron en Querétaro, y que me miran desde muy lejos, desde las faldas de un cerro cubierto de tierra y nopaleras me miran asombrados como si me preguntaran por qué y cómo es que han sucedido tantas cosas de las que jamás te has enterado ¿te dijo alguien, Maximiliano, que inventaron el teléfono?, ¿que inventaron el gas neón?, ¿el automóvil, Max, y que tu hermano Francisco José que según él fue el último monarca europeo de la vieja escuela sólo una vez en su vida se subió en un coche de motor, y sabías, Maximiliano, que ya no volverás a ver en las calles de tu querida Viena los faetones y los coches a la Daumont, los forlones y las berlinas y ni siquiera esos caballos garañones con crines y colas entrelazados con cordones de oro porque las calles están llenas de automóviles, Max?, ¿sabías todo eso?, ¿y también que inventaron el fonógrafo y que tú y yo podríamos irnos de día de campo los dos solos, y los dos y a la orilla del Lago de Chapultepec escuchar el Danubio Azul tocado sólo para ti y para mí sin que hubiera ningún músico trepado y escondido en las ramas de los sabinos y los dos solos lo bailaríamos a la sombra dorada y violeta de los arcos vivos y temblorosos de la Avenida de los Poetas sin que hubiera ninguna orquesta escondida bajo el puente del lago, Maximiliano? ¿Pero sabías también que del Dianabad, el salón vienés donde se estrenó el Danubio Azul no ha quedado nada, que fue destruido por las bombas como pasó con el Palacio de Saint Cloud, y que del Olimpo de Mignard pintado en el techo del Salón Marte donde me recibieron con el vaso de naranjada Napoleón y Eugenia, el mismo salón donde Cambacérès le ofreció la Corona de Francia a Napoleón Bonaparte, y que todos los muebles y alfombras que allí había, de la chimenea monumental coronada por un tapiz de los gobelinos, de todo eso no quedó nada, quedaron piedras y recuerdos, y tampoco de la escalinata al pie de la cual y con la condecoración del Aguila Mexicana colgada al cuello me recibió el principito imperial Luis Napoleón, Lulú, el de la guardia de jinetes árabes, y que tampoco, sino polvo, lagartijas, nada quedó del estanque de Saint Cloud y de las lanchas que le regaló a Lulú el Emperador de la Cochinchina?

Cuando me pongo a recordar todo eso, Maximiliano, me parece mentira que hayan pasado tantos años y que hayan llegado y se hayan ido todos esos días que parecía que nunca iban a llegar. Porque, ¿sabes otra cosa, Maximiliano? Todos los días llegan alguna vez, aunque no lo creas y aunque no lo quieras, y por más lejanos que parezcan. El día en que cumples dieciocho años y tienes tu primer baile. El día en que te casas y eres feliz. Y cuando llega el último día, el día de tu muerte, todos los días de tu vida se vuelven uno solo. Y resulta entonces que tú, que todos, hemos estado muertos desde siempre. Resulta entonces que la esposa de tu hermano, Sisi, qué pena tener que decírtelo, Maximiliano, desde que era niña y bailaba en las plazas de Baviera mientras su padre tocaba el violín disfrazado de gitano, desde entonces, imagínate, ella tenía ya clavado en el pecho el estilete que un fanático le encajó a la Emperatriz Elisabeth a orillas del Lago Leman cincuenta años después. Y resulta que desde que tu padre El Aguilucho era un niño y descubría asombrado la Batalla de Austerlitz y la toma de Mantua entre los trozos de zanahoria y pavo trufado, ya tenía en la boca, qué dolor que lo sepas, Maximiliano, la última bocanada de sangre fresca con la que se le iría la vida al Duque de Reichstadt en un cuarto oscuro y frío del Palacio de Schönbrunn.

Sí, qué pena, Maximiliano, tener que decirte que todos los días llegan alguna vez, aunque tú no lo creas. Cuando mi tío Ton Ton el Príncipe Joinville me enseñaba las acuarelas que hizo a bordo de un barco que se llamaba La Belle Poule en el que trajo a Francia de la Isla de Santa Elena los restos de Napoleón el Grande. Cuando yo juntaba ramos de violetas en los Jardines de las Tullerías y me arrojaba después a los brazos de mi abuelo el Rey Ciudadano con su cabeza de pera y su paraguas negro y le preguntaba qué se sentía ser rey, y a mi abuela María Amelia le preguntaba qué se sentía estar casada y ser reina, entonces, Maximiliano, nunca pensé que habría de llegar el día en que yo misma iba a ser primero esposa y luego esposa y soberana. Y llegó el día, Maximiliano, porque todos los días llegan alguna vez. El día en que me hice tu esposa me coronaron con una diadema de brillantes entreverados con flores de naranjo, y Bruselas me dio el velo, Ypres los zapatos bordados, Gante el pañuelo y Brujas el manto real sobre mis hombros y me casé con un príncipe, con un príncipe marinero vestido de almirante y condecorado con el Vellocino de Oro, contigo, Maximiliano, y con él, contigo, navegué río arriba por las aguas del Rhin y río







LO

OUT,



na, pulo con ceniza el collar de la Orden de Guadalupe, lavo con leche las teclas de mi piano Biedermeier para tocar en él todas las tardes el himno imperial mexicano y desciendo las escaleras del castillo y de hinojos a la orilla del foso lavo en sus aguas la bandera imperial mexicana, la enjuago y la exprimo y la cuelgo a secar en la punta de la torre más alta, y la plancho después, Maximiliano, la acaricio, la doblo, la guardo y le prometo que mañana, de nuevo, la sacaré a ondear para que la vea Europa entera, de Ostende a los Cárpatos, del Tirol a la Transilvania. Y sólo hasta entonces, con mi casa limpia y mi conciencia tranquila, me desvisto y me pongo mi camisón minúsculo y rezo mis pequeñísimas oraciones, y me acuesto en mi gran cama miniatura y bajo la almohada del tamaño de un alfiletero bordado con acantos en flor pongo tu corazón y lo escucho latir y escucho los cañonazos de la Ciudadela de Triestre y del Peñón de Gibraltar saludando a la Novara, y escucho el triquitraque del ferrocarril de Veracruz a Loma Alta y escucho las notas del Domine Salvum fac Imperatorem y escucho de nuevo la descarga de Querétaro y sueño entonces, quisiera soñar, Maximiliano, que nunca abandonamos Miramar y Lacroma, que nunca nos fuimos a México, que nos quedamos aquí, que aquí nos hicimos viejos y nos llenamos de hijos y nietos, que aquí en tu despacho azul adornado con áncoras y astrolabios te quedaste tú, escribiendo poemas sobre tus viajes futuros en el yate Ondina por el archipiélago griego y la costa de Turquía y soñando con el pájaro mecánico de Leonardo y me quedé yo, para siempre adorándote y bebiendo con mis ojos el azul del Adriático. Pero me desperté con mis propios gritos, y tenía yo tanta hambre, Max, no sabes, después de siglos de no comer sino angustias y sobresaltos, tenía yo tanta sed, Max, después de siglos de no beber sino mis propias lágrimas, que devoré tu corazón y bebí tu sangre. Pero tu corazón y tu sangre, mi querido, mi adorado Max, estaban envenenados.

Por suerte en el camino de París a Trieste y de Trieste a Roma había llovido tanto, Maximiliano, tanto o más que aquella noche en la que llegamos a Córdoba en una diligencia de la República porque a nuestra carroza imperial, ¿te acuerdas?, se le había roto una rueda en el Cerro del Chiquihuite, y estábamos salpicados de barro de los pies a la cabeza, pero dando gracias a Dios porque ya habíamos dejado atrás las infectas tierras calientes y con ellas Veracruz y los zopilotes y el vómito negro y que pronto, en uno o dos días más podríamos contemplar desde las faldas del Popocatépetl como lo hicieron Hernán Cortés y el Barón de Humboldt el inmenso valle transparente y la ciudad de los mil palacios construidos con la lava roja de los volcanes y la arenisca amarilla de los pantanos. A cántaros llovió en la Saboya y a cántaros al paso de mi tren y de mi comitiva en el Monte Cenis, y a lo largo de todo ese rodeo por Maribor, Mantua, Reggio y tantas otras ciudades donde el pueblo italiano y los Camisas Rojas de Garibaldi me recibieron con vítores y lágrimas y que tuvimos que hacer por la epidemia de cólera que había en Venecia, y llovió también cuando tu amigo el Almirante Teggetthoff, que fue el mismo que a bordo de la Novara y en una capilla ardiente bajo las alas abiertas de un ángel llevó tu cuerpo de Veracruz a Trieste, hizo desfilar ante mis ojos a la flota austríaca en el orden de combate de la Batalla de Lissa en la que se cubrió de gloria, y yo te envié un mensaje a México, Max, te dije que si Plus Ultra había sido el lema, el grito de conquista de tus abuelos, tendría que ser también el tuyo, y que así como Carlos Quinto había señalado el camino más allá de las Columnas de Hércules, tú también tendrías que seguir adelante, no abdicarás te dije, no abdicarás es el onceno mandamiento que Dios escribió con fuego en el corazón de todos aquellos monarcas a quienes otorgó el derecho divino, irrenunciable, de gobernar a los pueblos, no abdicarás te escribí, te lo dije mil veces cuando estabas en Orizaba y paseabas con Bilimek y él te explicaba cómo se hacía jabón con las semillas de ricino y jugabas a las escondidas con el Doctor Basch y con el General Castelnau entre los cafetos y las flores blancas de la yuca, te escribí, dime, Max: ¿te llegaron mis cartas?, cuando estabas en la Hacienda de Xonaca y cuando regresaste a la ciudad de México y cuando te fuiste a Querétaro no abdicarás, te mandé decir, ¿te lo dijeron?, así tengas que comer, como comiste, carne de gato y caballo con tus generales Mejía y Miramón y con tu Príncipe Salm Salm que les arrojaba mendrugos de pan a tus guardianes, y tú, que nunca tuviste remedio, mi querido Max, le dabas al Doctor Szänger las últimas instrucciones para embalsamar tu cuerpo, y a Blasio le dictabas los cambios que querías hacer en el Ceremonial de la Corte, porque nunca creíste que te iban a asesinar, Max, como te asesinaron.

Así que durante todos esos trayectos, de París a Trieste, de Trieste a Roma y de nuevo a Trieste hasta llegar a Miramar me bastaba sacar las manos por la ventanilla del tren o del coche para beber de la única agua que yo sabía que no estaba envenenada, del agua de lluvia como lo hago ahora en los balcones del castillo y allí, en la cuenca rebosante de agua cristalina y en cuyo borde se posa a veces una paloma blanca cuando de paloma blanca viene disfrazado el mensajero y me trae, desde la Isla de Cuba, las palabras de la canción de Concha Méndez, allí en el hueco de mis manos como en el fondo de una pátera veo tu rostro y me lo bebo a sorbos, tu rostro de muerto con los ojos cerrados y sobre los párpados el peso del polvo de todo el tiempo que ha pasado desde el año en que te fusilaron, que fue el año en que nació, cómo me hubiera gustado bailarlo contigo, Max, el vals del Danubio Azul, o veo tu rostro de muerto con los ojos abiertos, negros y de cristal, los ojos que te pusieron en Querétaro, y que me miran desde muy lejos, desde las faldas de un cerro cubierto de tierra y nopaleras me miran asombrados como si me preguntaran por qué y cómo es que han sucedido tantas cosas de las que jamás te has enterado ¿te dijo alguien, Maximiliano, que inventaron el teléfono?, ¿que inventaron el gas neón?, ¿el automóvil, Max, y que tu hermano Francisco José que según él fue el último monarca europeo de la vieja escuela sólo una vez en su vida se subió en un coche de motor, y sabías, Maximiliano, que ya no volverás a ver en las calles de tu querida Viena los faetones y los coches a la Daumont, los forlones y las berlinas y ni siquiera esos caballos garañones con crines y colas entrelazados con cordones de oro porque las calles están llenas de automóviles, Max?, ¿sabías todo eso?, ¿y también que inventaron el fonógrafo y que tú y yo podríamos irnos de día de campo los dos solos, y los dos y a la orilla del Lago de Chapultepec escuchar el Danubio Azul tocado sólo para ti y para mí sin que hubiera ningún músico trepado y escondido en las ramas de los sabinos y los dos solos lo bailaríamos a la sombra dorada y violeta de los arcos vivos y temblorosos de la Avenida de los Poetas sin que hubiera ninguna orquesta escondida bajo el puente del lago, Maximiliano? ¿Pero sabías también que del Dianabad, el salón vienés donde se estrenó el Danubio Azul no ha quedado nada, que fue destruido por las bombas como pasó con el Palacio de Saint Cloud, y que del Olimpo de Mignard pintado en el techo del Salón Marte donde me recibieron con el vaso de naranjada Napoleón y Eugenia, el mismo salón donde Cambacérès le ofreció la Corona de Francia a Napoleón Bonaparte, y que todos los muebles y alfombras que allí había, de la chimenea monumental coronada por un tapiz de los gobelinos, de todo eso no quedó nada, quedaron piedras y recuerdos, y tampoco de la escalinata al pie de la cual y con la condecoración del Aguila Mexicana colgada al cuello me recibió el principito imperial Luis Napoleón, Lulú, el de la guardia de jinetes árabes, y que tampoco, sino polvo, lagartijas, nada quedó del estanque de Saint Cloud y de las lanchas que le regaló a Lulú el Emperador de la Cochinchina?

Cuando me pongo a recordar todo eso, Maximiliano, me parece mentira que hayan pasado tantos años y que hayan llegado y se hayan ido todos esos días que parecía que nunca iban a llegar. Porque, ¿sabes otra cosa, Maximiliano? Todos los días llegan alguna vez, aunque no lo creas y aunque no lo quieras, y por más lejanos que parezcan. El día en que cumples dieciocho años y tienes tu primer baile. El día en que te casas y eres feliz. Y cuando llega el último día, el día de tu muerte, todos los días de tu vida se vuelven uno solo. Y resulta entonces que tú, que todos, hemos estado muertos desde siempre. Resulta entonces que la esposa de tu hermano, Sisi, qué pena tener que decírtelo, Maximiliano, desde que era niña y bailaba en las plazas de Baviera mientras su padre tocaba el violín disfrazado de gitano, desde entonces, imagínate, ella tenía ya clavado en el pecho el estilete que un fanático le encajó a la Emperatriz Elisabeth a orillas del Lago Leman cincuenta años después. Y resulta que desde que tu padre El Aguilucho era un niño y descubría asombrado la Batalla de Austerlitz y la toma de Mantua entre los trozos de zanahoria y pavo trufado, ya tenía en la boca, qué dolor que lo sepas, Maximiliano, la última bocanada de sangre fresca con la que se le iría la vida al Duque de Reichstadt en un cuarto oscuro y frío del Palacio de Schönbrunn.

Sí, qué pena, Maximiliano, tener que decirte que todos los días llegan alguna vez, aunque tú no lo creas. Cuando mi tío Ton Ton el Príncipe Joinville me enseñaba las acuarelas que hizo a bordo de un barco que se llamaba La Belle Poule en el que trajo a Francia de la Isla de Santa Elena los restos de Napoleón el Grande. Cuando yo juntaba ramos de violetas en los Jardines de las Tullerías y me arrojaba después a los brazos de mi abuelo el Rey Ciudadano con su cabeza de pera y su paraguas negro y le preguntaba qué se sentía ser rey, y a mi abuela María Amelia le preguntaba qué se sentía estar casada y ser reina, entonces, Maximiliano, nunca pensé que habría de llegar el día en que yo misma iba a ser primero esposa y luego esposa y soberana. Y llegó el día, Maximiliano, porque todos los días llegan alguna vez. El día en que me hice tu esposa me coronaron con una diadema de brillantes entreverados con flores de naranjo, y Bruselas me dio el velo, Ypres los zapatos bordados, Gante el pañuelo y Brujas el manto real sobre mis hombros y me casé con un príncipe, con un príncipe marinero vestido de almirante y condecorado con el Vellocino de Oro, contigo, Maximiliano, y con él, contigo, navegué río arriba por las aguas del Rhin y río





abajo por el Danubio hasta los bosques de Viena, navegué sobre los valses y bajo tus brazos, y cuando conocí a tu pueblo, a tus burgueses de negro y gris que nos saludaban con sus sombreros, a los hombres de Carintia de medias azules y sacos de solapas carmesíes que nos decían adiós con sus pañuelos y a las mujeres estirias con sus faldas multicolores que nos arrojaban claveles desde los puentes, creí que nunca jamás habría de llegar el día en que yo misma fuera soberana de un Imperio así, tan vasto y tan magnífico, del que sólo nos dieron unos andrajos, porque contigo fui a Milán y a Venecia, Maximiliano, y tú fuiste Virrey y yo Virreina de un baile de máscaras. Y regresamos a Miramar para aburrirnos de soledad y amor, y cuando te ofrecieron el trono de México, cuando a tus pies pusieron un Imperio más grande aún y más espléndido, más grande que la herencia de Constantino, más espléndido que la Casa admirable que Dios fortaleció para ser martillo de los herejes en Hungría, Bohemia, Alemania y Flandes, y tú aceptaste ese Imperio y tú y yo decidimos reinar en el país de los dieciocho climas y los cuatrocientos volcanes y de las mariposas grandes como pájaros y los pájaros pequeños como abejas, en el país, Maximiliano, de los corazones humeantes, pensé que nunca, tampoco, habría de llegar ese día. Y llegó, Maximiliano, porque todos los días llegan alguna vez. Fuiste Emperador y fui Emperatriz, y coronados cruzamos el mar Atlántico y su espuma bañó nuestra púrpura imperial, y en La Martinica nos recibieron las orquídeas y los danzantes negros que gritaban Viva El Emperador Flor Perfumada, y nos recibieron las cucarachas gordas y voladoras que hedían cuando las aplastábamos, y en Veracruz nos recibieron las calles vacías, la arena y la fiebre amarilla, el viento norte que derribó los arcos triunfantes y en Puebla nos recibieron los magueyes y los ángeles y en el Palacio Imperial de México nos recibieron las chinches y tú tuviste que pasar esa primera noche en una mesa de billar, ¿te acuerdas, Maximiliano? Y yo, por ti, fui Emperatriz y goberné México. Y por ti lavé y besé los pies de doce ancianas y toqué con mis manos reales las llagas de los leprosos, y enjugué las frentes de los heridos y senté en mis piernas a los huérfanos. Y por ti, sólo por ti, me abrasé los labios con el polvo de los caminos de Tlaxcala y los ojos con el sol de Uxmal. Por ti, también, arrojé al Nuncio apostólico por la ventana de palacio y el Nuncio, ¿te acuerdas, Max?, se fue volando por el valle transparente como un zopilote más de tierras calientes, henchido de hostias podridas.

Pero nos dieron, Maximiliano, un trono de cactos erizado de bayonetas. Nos dieron una corona de espinas y de sombras. Nos engañaron, Maximiliano, y me engañaste tú. Nos abandonaron, Max, y me abandonaste tú. Sesenta veces trescientos sesenta y cinco días me lo he repetido, frente al espejo y frente a tu retrato, para creerlo: nunca fuimos a México, nunca regresé a Europa, nunca llegó el día de tu muerte, nunca el día en que, como ahora, aún estoy viva. Pero sesenta veces trescientos sesenta y cinco días el espejo y tu retrato me han repetido hasta el infinito que estoy loca, que estoy vieja, que tengo el corazón cubierto de costras y que el cáncer me corroe los pechos. Y mientras tanto, tú, ¿qué has hecho tú de tu vida todos estos años mientras yo he arrastrado mis guiñapos imperiales de palacio en palacio y de castillo en castillo, de Chapultepec a Miramar, de Miramar a Laeken, de Laeken a Terveuren y de Terveuren a Bouchout, qué has hecho tú sino quedarte colgado en las galerías, alto, rubio, impasible, sin que una sola arruga más empañe tu rostro ni una sola cana más blanquee tu cabello, congelado en tus treinta y cinco años como otro Cristo para siempre joven, para siempre hermoso, vestido de gala y montado en tu caballo Orispelo, y con tus grandes espuelas de Amozoc? Dime, Maximiliano, ¿qué has hecho tú de tu vida desde que moriste en Querétaro como un héroe y como un perro, pidiéndole a tus asesinos que apuntaran al pecho y gritando Viva México, qué has hecho sino quedarte quieto en los retratos de los palacios y de los museos, Maximiliano con tus tres hermanos, Maximiliano en la proa del yate Fantaisie, Maximiliano en el Salón de las Gaviotas del Castillo de Miramar, congelado allí a tus dieciocho, tus veintitrés, veintiséis años, y congelado también en mis recuerdos? (...)

Fernando del Paso

ESCRIBIR PENSANDO A MEXICO

Por Fernando Frassoni

Noticias del Imperio es la tercera novela del mexicano Fernando del Paso. Como las anteriores —*José Trigo* y *Palinuro de México*— su escritura le llevó diez años. También como las otras, *Noticias* fue publicada en el séptimo año de una década —las anteriores lo fueron en 1967 y 1977—, lo cual se puede atribuir a la casualidad. O no. El escritor nunca explicó esta simetría. Lo que sí hizo en muchas ocasiones fue subrayar que tardaba diez años por novela "por una razón muy sencilla: creo que la literatura es una actividad demasiado seria." Esa seriedad asoma en la novela que publicará Emecé: un texto histórico que reconstruye la vida de Fernando Maximiliano José, el archiduque austríaco que murió en Querétaro, siendo emperador de México. "Del personaje me sedujo —dijo Del Paso al diario español *El País*— "su capacidad de alucinación. Una mujer que a los 25 años siente que es la Reina del Mundo y un año después se descubre viuda y confinada en un castillo europeo, en donde se va volviendo loca progresivamente". Para el narrador, Carlota es mucho más que la voz predominante de un relato: "Es la síntesis de la historia de México; una mujer que agonizó sesenta años y que pasó toda su vida viendo cómo se destruía su mundo sin que ella pudiera hacer nada para salvarlo". Sigue Del Paso: "Además, durante esos sesenta años esa mujer, en cualquier parte del mundo que estuviera, pensaba en México y en lo increíble que era su desgracia".

Para escribir *Noticias del Imperio* el narrador recurrió a infinidad de fuentes históricas: "Pasé literalmente años en la Biblioteca del Museo Británico leyendo cartas y testimonios sobre esta mujer que a pesar de su aparente locura debe haber sido una de las mujeres epistolarmente más prolíficas del siglo". Todo este cuidado se explica "porque es la primera vez que hago un trabajo histórico y me pareció que no podía haber un solo dato incorrecto. Por eso, todo lo que en la novela tiene que ver con lo formal es cierto. Lo otro es culpa mía, pura imaginación, que le dicen. Pero, eso sí, muy bien respaldada por la realidad y eso, me parece, es lo que se le debe exigir a la ficción, que tenga algo de real, nada más que eso".

Diplomático de carrera, el novelista lleva más de diez años fuera de México. Sus dos últimos lugares de residencia fueron Londres y París, donde vive actualmente y se desempeña como agregado cultural de la embajada de su país. Ese distanciamiento le hace decir, por ejemplo, que "al igual que Carlota, estoy en cualquier parte del mundo y siempre estoy pensando en México. Esto me hace creer que no es indispensable estar en un país para escribir sobre él. Lo que es necesario es haber estado. Después de todo un escritor trabaja sobre, desde y hacia el lenguaje y el lenguaje es el de la infancia, todo lo demás son exquisiteces que da la cultura y que se pueden adquirir en cualquier parte".

La crítica española señaló que la novela del mexicano "es un intento de explicar la historia de su país a través de algo que sucedió más de un siglo atrás". Fernando del Paso no está de acuerdo: "Una novela no es un vehículo de redención. Cada novelista escribe sobre sus obsesiones y no creo que ninguno trabaje para explicar el mundo o la historia. Mi país, por ejemplo, está lleno de muerte, pero también está lleno de vida, como todos, y, también como todos, es el resultado de una infinidad de cosas imposibles de definir. Con todo esto, no se puede creer que una novela pueda aclarar nada, ya no es más que el gusto de un novelista".

El éxito inusitado de *Noticias del Imperio* —varios meses en las listas de libros más vendidos de España y México— sorprendió especialmente a su autor. "Tengo que decir, sin ningún asomo de orgullo, que nunca pensé que iba a convertirme en un escritor de consumo masivo. Tal vez fue esta certeza la que hizo que nunca me interesara serlo. Ahora veo que esta novela gusta mucho y me sorprendo por dos razones: el no acostumbramiento y porque creía que era mi libro más complicado y personal. Estos errores son, de todas formas, muy agradables para un escritor."

A pesar de ese éxito inesperado y unánime —el libro ya fue traducido al italiano, inglés y francés—, el narrador no quiere hablar de un resurgimiento del "boom" de la literatura latinoamericana. "Si un libro tiene éxito es porque es bueno, no porque provenga de un continente. En lo personal, creo que el famoso 'boom' fue una moda, pero sirvió para que los europeos leyeran y apreciaran la obra de escritores excelentes. Eso es lo importante, hubo un aparato que sirvió para algo útil. No creo que este aparato haya vuelto a aparecer."

Cuando le preguntan por los escritores por los que se siente influido, Del Paso contesta: "De la literatura de mi país tengo que mencionar a Juan Rulfo como el más grande, aunque no sé si en mi obra está presente; algunas cosas de Carlos Fuentes me parecen excelentes. En general, tengo que admitir que, como todo hombre que escribe en español, Borges marcó mi literatura. Después me tendría que ir más lejos y hablar de otras lenguas, con todo lo relativo que hay en eso. Si hubiera que dar cuatro nombres diría Joyce, Kafka, Musil y Proust, pero espero que no haga falta".

"Reconstrucción monumental", "viaje a la memoria", "magistral ejercicio de estilo" y "obra maestra de las letras latinoamericanas" son algunos de los calificativos con que la crítica saludó a *Noticias del Imperio*. El escritor no parece darle demasiada importancia a esa catarata de elogios: "La crítica literaria siempre abunda en adjetivos. A veces da la impresión de que la abundancia de palabras tiene un único objeto: llenar las páginas de los diarios y las revistas y, puestos a eso, no hay mejor abundancia que la de adjetivos. De todos modos, tengo que admitir que leo las críticas de mis libros con interés, aunque sin mucha esperanza. Igualmente, tal vez digo esto, que puede sonar desinteresado, porque siempre tuve buena crítica. Pero eso sería inconsciente, así que no lo puedo saber muy bien".

Más allá de los inevitables calificativos, *Noticias del Imperio* tiene méritos sobrados para ser considerada una de las novelas más interesantes de los últimos años. El estilo de los capítulos en los que habla Carlota —una textualidad que acumula ideas hasta que parece perderse, para volver inmediatamente a la coherencia— se balancea en los fragmentos en los que se va armando —a través de una escritura desapasionada— la historia del fusilamiento de Maximiliano, desde la llegada a México hasta la mañana de la ejecución. Sobre el final, antes de que la emperatriz vuelva a ser la voz del relato, hay un largo capítulo que se desplaza entre la ficción y la documentación histórica; una suerte de Manual de instrucciones para fusilar al emperador, que explica desde el modo en que deben montar los edecanes hasta el punto exacto en el que se le debe disparar el tiro de gracia y el destino que tendrá su cuerpo sagrado más allá de la muerte.

Por otro lado, ni la elección del género histórico ni la de María Carlota de Bélgica como voz narrativa son inocentes. Esta mujer —la emperatriz que se vuelve loca— vivió esa locura entre dos siglos. Aparentemente, su último recuerdo fue un fusilamiento en Querétaro en 1870; pero esa imagen se mezcla con la Gran Guerra, la hazaña de Charles Lindbergh en su cruce aéreo del Atlántico, la literatura moderna y una cantidad de descubrimientos que la mujer considera homenajes a ella y a su emperador muerto. Mientras todos estos avances tenían lugar, la emperatriz —siempre confinada— siguió pensando en un Imperio cada vez más mítico que, al contrario de las otras dinastías, nunca se derrumbó. Ese Imperio es —para el narrador y su emperatriz— México.

